

DECLARACIÓN DOCTRINAL Y DISTINTIVOS DE LA IGLESIA

Índice

Declaración doctrinal

Las sagradas Escrituras

Dios

Dios el Padre

Dios el Hijo

Dios el Espíritu Santo

El hombre

La salvación

La regeneración

La elección

La justificación

La santificación

La seguridad

La separación

La iglesia

Los ángeles

Los ángeles santos

Los ángeles caídos

Las cosas futuras (escatología)

La muerte

El arrebatamiento de la iglesia

El período de la tribulación

La segunda venida y el reinado milenial

El juicio de los perdidos

La eternidad

Distintivos

Un alto concepto de Dios

Resumen

Implicaciones principales

Un alto concepto de las Escrituras

Resumen

Implicaciones principales

Aplicaciones contemporáneas

La suficiencia de las Escrituras

La creación

El rol de la mujer

El don de hablar en lenguas

Una vida transformada

La sexualidad humana

El matrimonio

DECLARACIÓN DOCTRINAL

Las sagradas Escrituras

Creemos y enseñamos que la Biblia es la revelación escrita de Dios al hombre y que, por tanto, los sesenta y seis libros de la Biblia que nos han sido dados por el Espíritu Santo constituyen la Palabra de Dios completa (inspirada de igual manera en todas sus partes) (1Co 2:7-14; 2P 1:20-21).

Creemos y enseñamos que la Palabra de Dios es una revelación objetiva, proposicional (1Ts 2:13; 1Co 2:13), verbalmente inspirada en cada palabra (2Ti 3:16), absolutamente inerrante en los documentos originales, infalible e inspirada por Dios.

Creemos y enseñamos que la Biblia constituye la única regla necesaria e infalible de fe y práctica, y que es suficiente para todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad (Mt 5:18; 24:35; Jn 10:35; 16:12-13; 17:17; 1Co 2:13; 2Ti 3:15-17; Heb 4:12; 2P 1:3, 20-21).

Creemos y enseñamos que Dios habló en Su Palabra escrita mediante un proceso de doble autoría. El Espíritu Santo supervisó de tal manera a los autores humanos que, por medio de sus personalidades individuales y diversos estilos de escritura, compusieron y registraron la Palabra de Dios para el hombre (2P 1:20-21), sin error en su totalidad o parcialmente (Mt 5:18; 2Ti 3:16).

Creemos y enseñamos que, aunque puede haber varias aplicaciones de un pasaje de las Escrituras, solo hay una interpretación verdadera: el significado original determinado por el autor, el cual es vinculante para todas las generaciones. El significado de las Escrituras debe encontrarse al aplicar diligentemente, el método de interpretación literal, gramatical e histórico, bajo la iluminación del Espíritu Santo (Jn 7:17; 16:12-15; 1Co 2:7-15; 1Jn 2:20). El método literal, gramatical e histórico de interpretación insiste en seguir las reglas normales para interpretar toda literatura, incluyendo la prioridad del contexto, el significado común de las palabras y figuras del lenguaje, las reglas de la gramática y la sintaxis, y el contexto histórico en el que fue escrito el libro o pasaje. Aunque algunas cosas en las Escrituras son difíciles de entender (2P 3:16), son suficientemente claras como para que, cuando aplicamos diligentemente estos principios, podamos descubrir su significado (Sal 19:7; 119:130; Mt 12:3, 5; 19:14; 21:42; 22:31), especialmente en aquellos asuntos que se refieren a la salvación (2Ti 3:15; Stg 1:18; 1P 1:23).

Dios

Creemos y enseñamos que hay un solo Dios vivo y verdadero (Dt 6:4; Is 45:5-7; 1Co 8:4, 6), un Espíritu infinito, omnisciente y autoexistente (Jn 4:24), perfecto en todos Sus atributos, uno en esencia, que existe eternamente en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mt 28:19; 2Co 13:14), cada una igualmente digna de adoración y obediencia.

Dios el Padre

Creemos y enseñamos que Dios el Padre, la primera Persona de la Trinidad, ordena y ejecuta todas las cosas conforme a Su propio propósito y gracia (Sal 145:8-9; 1Co 8:6). Él inició la creación de todas las cosas en seis días literales (Gn 1:1-31; Ex 31:17; 1Co 8:6; Ef 3:9), incluyendo la creación especial del hombre y la mujer (Gn 1:26-28; 2:5-25). Como el único Gobernante absoluto y omnipotente del universo, Él es soberano en la creación, la providencia y la redención (Sal 103:19; Ro 11:36). Ha decretado, para Su propia gloria, todas las cosas que han de suceder (Ef 1:11). Él sostiene, dirige y gobierna continuamente a todas las criaturas y acontecimientos (1Cr 29:11). En Su soberanía, no es el autor del pecado ni tampoco lo aprueba (Hab 1:13; Jn 8:38-47), ni tampoco anula o destruye la responsabilidad moral de las criaturas inteligentes (1P 1:17).

Creemos y enseñamos que Su paternidad incluye tanto Su designación dentro de la Trinidad como Su relación con la humanidad. Como Creador, Él es Padre de todos los hombres (Hch 17:28-29; Ef 4:6), pero es Padre espiritual únicamente de los creyentes (Ro 8:14; 2Co 6:18). Desde la eternidad pasada, Él ha escogido en Su gracia a aquellos que serían Suyos (Ef 1:4-6); salva del pecado y adopta a todos los que vienen a Él por medio de Jesucristo; y se convierte, al momento de su adopción, en su Padre espiritual (Jn 1:12; Ro 8:15; Ga 4:5; Heb 12:5-9).

Dios Hijo

Creemos y enseñamos que Jesucristo, la segunda Persona de la Trinidad, posee todos los atributos divinos, y en estos, es igual a Dios, consustancial (de una misma esencia) y coeterno con el Padre (Jn 10:30; 14:9).

Creemos y enseñamos que Dios el Padre creó todas las cosas conforme a Su propia voluntad, por medio de Su Hijo, Jesucristo, por Quien todas las cosas continúan existiendo y funcionando (Jn 1:3; Col 1:15-17; Heb 1:2).

Creemos y enseñamos que en la encarnación (Dios haciéndose hombre), la segunda Persona de la Trinidad renunció a Su derecho al pleno ejercicio de las prerrogativas de coexistencia con Dios y asumió una existencia apropiada a la de un siervo, sin dejar jamás de poseer Sus atributos divinos (Fil 2:5-8).

Creemos y enseñamos que en la encarnación, Cristo rindió únicamente Su gloria preencarnada (Jn 17:5) y el ejercicio independiente de Sus prerrogativas divinas, pero nunca Su esencia divina, ni en grado ni en naturaleza. En Su encarnación, la segunda Persona eternamente existente de la Trinidad, asumió todas las características esenciales de la humanidad y así se convirtió en el Dios-Hombre (Fil 2:5-8; Col 2:9), pero sin pecado (2Co 5:21; Heb 4:15; 7:26).

Creemos y enseñamos que Jesucristo representa a la humanidad y la deidad en una unidad indivisible (Miq 5:2; Jn 5:23; 14:9-10; Col 2:9).

Creemos y enseñamos que nuestro Señor Jesucristo nació de una virgen (Is 7:14; Mt 1:23, 25; Lc 1:26-35); que Él es Dios encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre (Jn 1:1, 14); y que el propósito de Su

encarnación fue revelar a Dios, redimir al ser humano y reinar sobre el reino de Dios (Sal 2:7-9; Is 9:6; Jn 1:29; Fil 2:9-11; Heb 7:25-26; 1P 1:18-19).

Creemos y enseñamos que nuestro Señor Jesucristo llevó a cabo nuestra redención mediante Su perfecta obediencia (Ro 5:19) y por medio del derramamiento de Su sangre y Su muerte sacrificial en la cruz. Su muerte fue voluntaria, vicaria, sustitutiva, propiciatoria y redentora (Jn 10:15; Ro 3:24-25; 5:8; 1P 2:24).

Creemos y enseñamos que, sobre la base de la eficacia de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, el pecador creyente es liberado del castigo, la pena, el poder y, un día, de la presencia del pecado; y que es declarado justo, se le concede vida eterna y es adoptado en la familia de Dios (Ro 3:25; 5:8-9; 2Co 5:14-15; 1P 2:24; 3:18).

Creemos y enseñamos que nuestra justificación queda asegurada por Su resurrección literal y física de entre los muertos, y que Él ha ascendido a la diestra del Padre, donde ahora intercede como nuestro Abogado y Sumo Sacerdote (Mt 28:6; Lc 24:38-39; Hch 2:30-31; Ro 4:25; 8:34; Heb 7:25; 9:24; 1Jn 2:1).

Creemos y enseñamos que en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, Dios confirmó la deidad de Su Hijo y dio prueba de que ha aceptado la obra expiatoria de Cristo en la cruz (Ro 1:4). La resurrección corporal de Jesús es también la garantía de una futura resurrección para todos los creyentes (Jn 5:26-29; 14:19; Ro 4:25; 6:5-10; 1Co 15:20, 23).

Creemos y enseñamos que Jesucristo regresará para recibir a la iglesia, que es Su cuerpo, para Sí mismo en el arrebataamiento, y que al volver con Su iglesia en gloria, establecerá Su reino milenial en la tierra (Hch 1:9-11; 1Ts 4:13-18; Ap 20).

Creemos y enseñamos que el Señor Jesucristo es el único por medio del cual Dios juzgará a toda la humanidad (Jn 5:22-23):

- Evaluará la fidelidad de los creyentes en el tribunal de Cristo (1Co 3:10-15; 2Co 5:10).
- Juzgará a los sobrevivientes de la gran tribulación en Su segunda venida (Mt 25:31-46).
- Juzgará a los muertos no creyentes en el gran trono blanco, sobre la base de sus obras, y los condenará al lago de fuego (Ap 20:11-15).

Él es el único Mediador entre Dios y los hombres (1Ti 2:5), la Cabeza de Su cuerpo, la iglesia (Ef 1:22; 5:23; Col 1:18), y el Rey universal venidero, quien reinará sobre el trono de David (Is 9:6; Lc 1:31-33). Él es el Juez final de todos los que no depositen su confianza en Él como Señor y Salvador (Mt 25:14-46; Hch 17:30-31).

Dios Espíritu Santo

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo, la tercera Persona de la Trinidad, es una Persona divina, eterna, no derivada, que posee todos los atributos de personalidad y deidad, incluyendo intelecto (1Co 2:10-13), emociones (Ef 4:30), voluntad (1Co 12:11), eternidad (Heb 9:14), omnipresencia (Sal 139:7-10), omnisciencia (Is 40:13-14), omnipotencia (Ro 15:13) y veracidad (Jn 16:13). En todos estos atributos divinos, Él es coigual y consustancial (de una misma esencia) con el Padre y el Hijo (Mt 28:19; Hch 5:3-4; 28:25-26; 1Co 12:4-6; 2Co 13:14; Jer 31:31-34 con Heb 10:15-17).

Creemos y enseñamos que es obra del Espíritu Santo ejecutar la voluntad divina en relación con toda la humanidad. Reconocemos Su actividad soberana en la creación (Gn 1:2), la encarnación (Mt 1:18), la revelación escrita (2P 1:20-21) y la obra de salvación (Jn 3:5-7). El amplio alcance de Su actividad divina incluye: convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio; glorificar al Señor Jesucristo; regenerar a los escogidos; persuadirlos y capacitarlos para que abracen a Jesucristo por fe; y transformar a los creyentes a la imagen de Cristo (Jn 16:7-9; Hch 1:5; 2:4; Ro 8:29; 2Co 3:18; Ef 2:22).

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo fue enviado por el Padre, según lo prometido por Cristo (Jn 14:16-17; 15:26), en Pentecostés, para iniciar y completar la edificación del cuerpo de Cristo, que es Su iglesia (1Co 12:13). El Espíritu Santo es el Agente sobrenatural y soberano en la regeneración (Jn 3:5-6; Tit 3:5), bautizando a todos los creyentes en el cuerpo de Cristo (1Co 12:13). También mora en ellos, los santifica, instruye, capacita para el servicio y los sella para el día de la redención (Ro 8:9; 2Co 3:6; Ef 1:13).

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo es el Maestro divino, quien guió a los apóstoles y profetas a toda verdad mientras escribían la revelación de Dios, la Biblia (2P 1:19-21; Jn 16:13). Cada creyente posee la presencia interior del Espíritu Santo desde el momento de la salvación (Ro 8:9), y es deber de todo aquel que ha nacido del Espíritu ser lleno (controlado) por el Espíritu mediante Su Palabra (Ro 8:9; Ef 5:18; Col 3:16; 1Jn 2:20, 27).

Creemos y enseñamos que el Espíritu Santo administra dones espirituales a la iglesia. El Espíritu Santo no se glorifica a Sí mismo ni a Sus dones mediante exhibiciones ostentosas, sino que glorifica a Cristo al implementar Su obra de redención de los perdidos y edificación de los creyentes en la santísima fe (Jn 16:13-14; Hch 1:8; 1Co 12:4-11; 2Co 3:18).

Creemos y enseñamos, en este sentido, que Dios el Espíritu Santo, es soberano en el otorgamiento de todos Sus dones para la perfección de los santos en la actualidad, y que el hablar en lenguas y la realización de milagros como señales en los días iniciales de la iglesia, tenían el propósito de señalar y autenticar a los apóstoles como reveladores de la verdad divina, y nunca fueron destinados a ser característicos de todos los creyentes ni normativos en la era de la iglesia (1Co 12:4-11; 13:8-10; 2Co 12:12; Ef 4:7-12; Heb 2:1-4). Todos los dones milagrosos de señales, según la Biblia, han cesado.

El hombre

Creemos que el ser humano fue creado directa e inmediatamente por Dios a Su imagen y semejanza. El hombre fue creado sin pecado, con una naturaleza racional, dotado de inteligencia, voluntad, autodeterminación y responsabilidad moral delante de Dios (Gn 2:7, 15-25; Stg 3:9). Dios creó al hombre como un ser compuesto de dos partes: un cuerpo material y un alma o espíritu inmaterial (Mt 6:25; 10:28; Ro 8:10).

Creemos que la intención de Dios al crear al hombre fue que este glorificará a Dios, disfrutara de comunión con Él, viviera conforme a Su voluntad, y de esta manera cumpliera el propósito divino para la humanidad en el mundo (Is 43:7; Col 1:16; Ap 4:11).

Creemos y enseñamos que, al desobedecer la voluntad revelada de Dios y Su Palabra, Adán pecó y perdió su inocencia. Como resultado, incurrió en la muerte tanto espiritual como física, se convirtió en objeto de la ira de Dios y adquirió una naturaleza inherentemente corrupta. Desde entonces, el hombre es totalmente incapaz de escoger o hacer lo que es aceptable a Dios, aparte de Su gracia. Sin capacidad propia para restaurarse, el ser humano está completamente perdido y sin esperanza. Por tanto, la salvación es enteramente una obra de la gracia de Dios, mediante la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo (Gn 2:16-17; 3:1-19; Jn 3:36; Ro 3:23; 6:23; 1Co 2:14; Ef 2:1-3; 1Ti 2:13-14; 1Jn 1:8).

Creemos y enseñamos que, debido a que todos los hombres estuvieron en Adán como su representante legal, la culpa real por el pecado de Adán y una naturaleza corrompida han sido transmitidas a todos los hombres de todas las épocas, siendo Jesucristo la única excepción. Así, todos los hombres son pecadores por naturaleza, por decisión personal y por declaración divina (Sal 14:1-3; Jer 17:9; Ro 3:9-18, 23; 5:10-12).

La salvación

Creemos y enseñamos que la salvación es enteramente por la gracia de Dios, basada en la redención de Jesucristo y el mérito de Su sangre derramada, y no en base a ningún mérito o obras humanas (Jn 1:12; Ef 1:7; 2:8-10; 1P 1:18-19).

La regeneración

Creemos y enseñamos que la regeneración es una obra sobrenatural mediante la cual el Espíritu Santo imparte nueva vida espiritual (Jn 3:3-7; Tit 3:5). Es instantánea y se realiza únicamente por el poder del Espíritu, por medio del instrumento de la Palabra de Dios (Jn 5:24; Stg 1:18; 1P 1:23). Como resultado, el Espíritu Santo capacita al pecador para responder con fe y arrepentimiento a la provisión divina de salvación (Hch 16:14). Las actitudes y conductas justas, junto con las buenas obras, son la evidencia y fruto apropiados de una regeneración genuina (Mt 3:8; 1Co 6:19-20; Ef 2:10) y se experimentan en la medida en que el creyente se somete al control del Espíritu Santo en su vida, mediante la obediencia fiel a la Palabra de Dios (Ef 5:17-21; Fil 2:12b; Col 3:16; 2P 1:4-10). Esta obediencia hace que el creyente sea transformado cada vez a la imagen de nuestro Señor Jesucristo (2Co 3:18).

Creemos y enseñamos que la búsqueda del creyente por parecerse a Cristo culmina en la glorificación del creyente en la venida de Cristo (Ro 8:17; 2P 1:4; 1Jn 3:2-3).

La elección

Creemos y enseñamos que la elección es el acto de Dios mediante el cual, antes de la fundación del mundo, escogió en Cristo a aquellos a quienes regenerará, salvará y santificará por gracia (Ro 8:28-30; Ef 1:4-11; 2Ts 2:13; 2Ti 2:10; 1P 1:1-2).

Creemos y enseñamos que la elección soberana no contradice ni anula la responsabilidad del hombre de arrepentirse y confiar en Cristo como Salvador y Señor (Ez 18:23, 32; 33:11; Jn 3:18-19, 36; 5:40; Ro 9:22-23; 2Ts 2:10-12; Ap 22:17). Sin embargo, debido a que la gracia soberana incluye los medios para recibir el don de la salvación, así como el don mismo, la elección soberana resultará en lo que Dios determina. Todos los que el Padre llama a Sí mismo, vendrán en fe, y todos los que vienen en fe, serán recibidos por el Padre (Jn 6:37-40, 44; Hch 13:48).

Creemos y enseñamos que el favor inmerecido que Dios concede a los pecadores, totalmente depravados, en la elección, es incondicional (Ro 9:10-18; Ef 1:4). Es decir, no está condicionado ni relacionado con ninguna iniciativa humana ni con la anticipación que Dios tenga de lo que puedan hacer por su propia voluntad (Mt 11:21), sino que es únicamente por Su gracia y misericordia soberana (Ef 1:4-7; Tit 3:4-7; 1P 1:2).

Creemos y enseñamos que la elección no se basa únicamente en la soberanía en un sentido abstracto, como si Dios escogiera, en aislamiento, de todo lo que es. Dios es verdaderamente soberano, pero ejerce esta soberanía en armonía con Sus otros atributos, especialmente Su omnisciencia, justicia, santidad, sabiduría, gracia y amor (Ro 9:11-16). Un entendimiento adecuado de la soberanía divina en la elección siempre exaltará la voluntad de Dios, de manera totalmente consistente con Su carácter, tal como se revela en la vida de nuestro Señor Jesucristo (Mt 11:25-28; 2Ti 1:9).

La justificación

Creemos y enseñamos que la justificación delante de Dios es un acto de la bondad de Dios (Ro 8:33), por el cual Él perdona instantáneamente y declara justos a aquellos que, mediante la fe en Cristo, se arrepienten de sus pecados (Lc 13:3; Hch 2:38; 3:19; 11:18; Ro 2:4; 4:1-8; 2Co 7:10; Is 55:6-7) y confiesan a Cristo como Señor soberano (Ro 10:9-10; 1Co 12:3; 2Co 4:5; Fil 2:11). Este nuevo estado o condición de justicia delante de Dios, es totalmente inmerecido y no depende de ninguna virtud u obra humana (Ro 3:20, 28; 4:5-6; Ga 2:16). La justificación consiste en la imputación de nuestros pecados a Cristo (Is 53:4-6; Col 2:14; 1P 2:24) y en la imputación de la justicia de Cristo a nosotros (Ro 5:18; 1Co 1:30; 2Co 5:21). Por este medio Dios puede hacer «que Él sea justo y sea el que justifica al que tiene fe en Jesús» (Ro 3:26).

La santificación

Creemos y enseñamos que todo creyente es santificado (apartado) posicional o definitivamente para Dios, en el momento de la salvación, y, por tanto, es declarado santo e identificado como tal. Esta santificación es instantánea y no debe confundirse con la santificación progresiva. La santificación posicional tiene que ver con la posición del creyente, no con su caminar o condición actual (Hch 20:32; 1Co 1:2, 30; 6:11; 2Ts 2:13; Heb 2:11; 3:1; 10:10, 14; 13:12; 1P 1:2).

Creemos y enseñamos que el creyente también es santificado progresivamente por la obra del Espíritu Santo. Por medio de este proceso gradual, el estado del creyente se va acercando cada vez más a la posición que disfruta mediante la justificación. Por medio de la obediencia a la Palabra de Dios y el poder del Espíritu Santo, el creyente es capaz de vivir una vida de santidad creciente, conforme a la voluntad de Dios, llegando a ser cada vez más semejante a nuestro Señor Jesucristo (Jn 17:17, 19; Ro 6:1-22; 2Co 3:18; 1Ts 4:3-4; 5:23). Aunque los cristianos en ocasiones pueden comportarse de manera carnal o según la carne (1Co 3:1-4), negamos que el estado normativo o permanente de un verdadero creyente pueda ser carnal o según la carne. Todos los creyentes, sin excepción, están involucrados en la santificación progresiva por el poder del Espíritu Santo (Heb 12:14).

En este sentido, creemos y enseñamos que toda persona que es salva, está involucrada en un conflicto diario: el nuevo hombre que en Cristo lucha contra la carne, esa parte de él que aún no ha sido redimida y que tiene su base en el cuerpo. Sin embargo, se ha provisto adecuadamente todo lo necesario para la victoria por medio del poder del Espíritu Santo que mora en el creyente. No obstante, esta lucha permanece con el creyente durante toda su vida terrenal y nunca cesa por completo. Toda afirmación de erradicación del pecado en esta vida no está de acuerdo con las Escrituras. Sin embargo, aunque la erradicación del pecado no es posible, el Espíritu Santo sí provee victoria sobre el pecado (Ga 5:16-25; Ef 4:22-24; Fil 3:12; Col 3:9-10; 1P 1:14-16; 1Jn 3:5-9).

La seguridad

Creemos y enseñamos que todos los redimidos, una vez salvos, perseveran en su fe porque son guardados por el poder de Dios, y, por tanto, están seguros en Cristo para siempre (Jn 5:24; 6:37-40; 10:27-30; Ro 5:9-10; 8:1, 31-39; 1Co 1:4-8; Ef 4:30; Heb 7:25; 13:5; 1P 1:5; Jud 24).

Creemos y enseñamos que es un privilegio para los creyentes regocijarse en la seguridad de su salvación por medio del testimonio de la Palabra de Dios, la cual, sin embargo, prohíbe claramente usar la seguridad cristiana como excusa para vivir en pecado o carnalidad (Ro 6:15-22; 13:13-14; Ga 5:13, 25-26; Tit 2:11-14).

La separación

Creemos y enseñamos que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, llaman a la separación del pecado, pero que las Escrituras indican claramente que en los últimos días aumentarán la apostasía y la mundanalidad (2Co 6:14-7:1; 2Ti 3:1-5).

Creemos y enseñamos que, por una profunda gratitud por la gracia inmerecida de Dios que se nos ha concedido, y porque nuestro glorioso Dios es digno de nuestra total consagración, todos los salvos deben vivir de tal manera que demuestren un amor adorador hacia Dios y no traigan reproche sobre nuestro Señor y Salvador. También enseñamos que Dios ordena nuestra separación de toda apostasía religiosa, así como de las prácticas mundanas y pecaminosas (Ro 12:1-2; 1Co 5:9-13; 2Co 6:14-7:1; 1Jn 2:15-17; 2Jn 9-11).

Creemos y enseñamos que los creyentes deben estar separados para nuestro Señor Jesucristo (2Ts 1:11-12; Heb 12:1-2), y afirmamos que la vida cristiana es una vida de obediencia y justicia que refleja la enseñanza de las Bienaventuranzas (Mt 5:2-12), una búsqueda constante de la santidad (Ro 12:1-2; 2Co 7:1; Heb 12:14; Tit 2:11-14; 1Jn 3:1-10), y del fruto del Espíritu (Ga 5:22-24).

La iglesia

Creemos y enseñamos que todos los que ponen su fe en Jesucristo son colocados, inmediatamente, por el Espíritu Santo, en un solo cuerpo espiritual unido: la iglesia (1Co 12:12-13), la novia de Cristo (2Co 11:2; Ef 5:23-32; Ap 19:7-8), de la cual Cristo es la Cabeza (Ef 1:22; 4:15; Col 1:18).

Creemos y enseñamos que la formación de la iglesia, el cuerpo de Cristo, comenzó en el día de Pentecostés (Hch 2:1-21, 38-47) y será completada en la venida de Cristo por los Suyos en el arrebataamiento (1Co 15:51-52; 1Ts 4:13-18).

Creemos y enseñamos que la iglesia es, por tanto, un organismo espiritual único diseñado por Cristo, compuesto por todos los creyentes nacidos de nuevo en esta era presente (Ef 2:11-3:6). La iglesia es distinta de Israel (1Co 10:32), un misterio que no fue revelado sino hasta esta era (Ef 3:1-6; 5:32).

Creemos y enseñamos que el establecimiento y la continuidad de iglesias locales, está claramente enseñado y definido en las Escrituras del Nuevo Testamento (Hch 14:23, 27; 20:17, 28; Ga 1:2; Fil 1:1; 1Ts 1:1; 2Ts 1:1), y que los miembros del único cuerpo espiritual deben asociarse entre sí en congregaciones locales (1Co 11:18-20; Heb 10:25).

Creemos y enseñamos que la única autoridad suprema para la iglesia es Cristo (1Co 11:3; Efe 1:22; Col 1:18), y que el liderazgo, los dones, el orden, la disciplina y la adoración de la iglesia son establecidos por Su soberanía, conforme a lo enseñado en las Escrituras. Los oficiales designados bíblicamente para servir bajo Cristo y sobre la congregación son los ancianos (también llamados obispos, pastores y pastores-maestros; Hch 20:28; Ef 4:11; 1P 5:1-2) y los diáconos, quienes deben cumplir con los requisitos bíblicos (1Ti 3:1-13; Tit 1:5-9) y ejercer su ministerio de manera piadosa (1P 5:1-5).

Creemos y enseñamos que estos hombres (ancianos/pastores) lideran o gobiernan como siervos de Cristo (1Ti 5:17-22) y tienen Su autoridad para dirigir la iglesia. La congregación debe someterse a su liderazgo (Heb 13:7, 17). Al mismo tiempo, su liderazgo debe estar caracterizado por un corazón de siervo (Mt 18:10-14; 1Ts 2:5-7; 1P 5:3). El papel principal del anciano es capacitar a los santos para la obra del ministerio, lo que da como resultado la edificación del cuerpo de Cristo (Ef 4:12).

Creemos y enseñamos la importancia del discipulado (Mt 28:19-20; 2Ti 2:2), la rendición de cuentas mutua entre todos los creyentes (Mt 18:5-14), así como la necesidad de la disciplina de los miembros pecadores de la congregación conforme a las normas de las Escrituras (Mt 18:15-22; Hch 5:1-11; 1Co 5:1-13; 2Ts 3:6-15; 1Ti 1:19-20; Tit 1:10-16).

Creemos y enseñamos la autonomía de la iglesia local, libre de cualquier autoridad o control externo, con el derecho al autogobierno y la libertad de interferencia por parte de cualquier jerarquía de individuos u organizaciones (Tit 1:5). Es bíblico que las verdaderas iglesias cooperen entre sí para la proclamación y propagación de la fe. Sin embargo, cada iglesia local, por medio de sus ancianos y su interpretación y aplicación de las Escrituras, debe ser la única que juzgue la medida y el método de su cooperación. Los ancianos de una iglesia local también son responsables de determinar todos los demás asuntos de membresía, política, disciplina, benevolencia y gobierno (Hch 15:19-31; 20:28; 1Co 5:4-7, 13; 1P 5:1-4).

Creemos y enseñamos que el propósito supremo de la iglesia es glorificar a Dios (Ef 3:21), lo cual solo se logra cuando la iglesia cumple con su misión asignada bíblicamente. La misión principal de la iglesia hacia Dios es adorarlo y servir como columna y sostén de la verdad (1Ti 3:14-15). Su misión hacia sí misma es asegurar el cuidado mutuo y la edificación de sus miembros mediante la instrucción en la Palabra (2Ti 2:2, 15; 3:16-17), la comunión (Hch 2:42; 1Jn 1:3) y la práctica regular de las ordenanzas (Lc 22:19; Hch 2:38-42). La misión de la iglesia hacia el mundo es hacer discípulos de todas las naciones, comunicando el evangelio, bautizándolos y enseñándoles a obedecer todo lo que Jesús mandó (Mt 28:19; Hch 1:8; 2:42).

Creemos y enseñamos la necesidad de que la iglesia coopere con Dios en el cumplimiento de Su propósito en el mundo. Para ese fin, Él concede dones espirituales a la iglesia. Da a ciertos hombres, escogidos con el propósito de capacitar a los santos para la obra del ministerio (Ef 4:7-12), y también, otorga habilidades espirituales únicas y especiales a cada miembro del cuerpo de Cristo (Ro 12:5-8; 1Co 12:4-31; 1P 4:10-11), llamando a todos los santos a la obra del servicio (1Co 15:58; Ef 4:12; Ap 22:12).

Creemos y enseñamos que hubo dos tipos de dones dados a la iglesia primitiva: dones milagrosos de revelación divina y sanidad, dados de forma temporal en la era apostólica para confirmar la autenticidad del mensaje de los apóstoles (Heb 2:3-4; 2Co 12:12); y dones ministeriales, dados para capacitar a los creyentes en la edificación mutua. Con la revelación del Nuevo Testamento ahora completa, los dones de confirmación de naturaleza milagrosa ya no son necesarios (1Co 13:8-12).

Creemos y enseñamos que hoy, nadie posee el don de sanidad, pero que Dios sí escucha y responde la oración de fe y lo hace conforme a Su perfecta voluntad para los enfermos, los que sufren y los afligidos (Lc 18:1-6; Jn 5:7-9; 2Co 12:6-10; Stg 5:13-16; 1Jn 5:14-15). Además, creemos y enseñamos que el don de

profecía (en el sentido de recibir nueva revelación directamente de Dios), el don de lenguas y el don de interpretación de lenguas han cesado. Sin embargo, reconocemos que los dones milagrosos pueden ser falsificados por Satanás para engañar incluso a los creyentes (1Co 13:13 – 14:12; Ap 13:13-14). Los únicos dones que siguen en operación en la actualidad no son los dones revelatorios, sino más bien, los de capacitación, dados para la edificación (Ro 12:6-8).

Creemos y enseñamos que hay dos ordenanzas encomendadas a la iglesia local: el bautismo y la cena del Señor (Hch 2:38-42). El bautismo cristiano por inmersión (Hch 8:36-39) es el testimonio solemne y hermoso de un creyente que manifiesta su fe en el Salvador crucificado, sepultado y resucitado, y su unión con Él en muerte al pecado y resurrección a una nueva vida (Ro 6:1-11). También es una señal de comunión e identificación con el cuerpo visible de Cristo (Hch 2:41-42).

Creemos y enseñamos que la cena del Señor es la conmemoración y proclamación de Su muerte hasta que Él venga, y que siempre debe ir precedida de una solemne evaluación personal (1Co 11:28-32). Asimismo, enseñamos que, aunque los elementos de la Comunión son solo representaciones del cuerpo y la sangre de Cristo, la participación en la cena del Señor constituye, no obstante, una verdadera comunión con el Cristo resucitado, Quien mora en todo creyente y, por tanto, está presente en comunión con Su pueblo (1Co 10:16).

Los ángeles

Los ángeles santos

Creemos y enseñamos que los ángeles son seres espirituales invisibles (Col 1:16; Heb 1:14; 13:2), que en ocasiones pueden asumir forma corporal. Fueron creados por Dios y, por tanto, no deben ser adorados (Ap 22:8-9). Aunque son una orden de creación superior al hombre, fueron creados para servir a Dios y adorarlo (Lc 2:9-14; Heb 1:6-7, 14; 2:6-7; Ap 5:11-14; 19:10; 22:9), y también para servir a los santos (Heb 1:14).

Los ángeles caídos

Creemos y enseñamos que Satanás fue el mayor de los ángeles creados y es el autor del pecado. Incurrió en el juicio de Dios al rebelarse contra su Creador (Ez 28:11-19; Is 14:12-17), al llevar consigo a numerosos ángeles en su caída (Mt 25:41; Ap 12:1-14), y al introducir el pecado en la raza humana mediante su tentación a Eva (Gn 3:1-15).

Creemos y enseñamos que Satanás es el enemigo abierto y declarado de Dios y del hombre (Is 14:13-14; Mt 4:1-11; Jn 8:44; Ap 12:9-10); que es el principio de este mundo, quien ha sido derrotado mediante la muerte y resurrección de Jesucristo (Ro 16:20); y que será castigado eternamente en el lago de fuego (Ez 28:11-19; Mt 25:41; Ap 20:10).

Las cosas futuras (escatología)

La muerte

Creemos y enseñamos que la muerte física es consecuencia del pecado y constituye un castigo por el pecado (Gn 2:17; 3:19; Ro 5:12, 17; 6:23). Es el último enemigo que será destruido (1Co 15:26). La muerte no implica la pérdida de la conciencia inmaterial (Ap 6:9-11). El alma del incrédulo entra en un castigo consciente (Lc 16:19-26), y el alma del redimido pasa inmediatamente a la presencia de Cristo (Lc 23:43; Fil 1:23; 2Co 5:8). Sin embargo, en la muerte ocurre una separación entre el alma y el cuerpo (Fil 1:21-24). Para los redimidos, esta separación continuará hasta el arrebatamiento (1Ts 4:13-17), que inicia la primera resurrección (Ap 20:4-6), cuando el alma y el cuerpo serán reunidos y glorificados para estar para siempre con nuestro Señor (Fil 3:21; 1Co 15:35-44, 50-54). Hasta ese momento, las almas de los redimidos en Cristo permanecen en gozosa comunión con nuestro Señor Jesucristo (2Co 5:8).

Creemos y enseñamos la resurrección corporal de todos los hombres, los salvos para vida eterna (Mt 25:46; Jn 6:39; Ro 8:10-11, 19-23; 2Co 4:14), y los no salvos para juicio y castigo eterno (Dn 12:2; Jn 5:29; Ap 20:13-15).

Creemos y enseñamos que las almas de los no salvos, al morir, son guardadas bajo castigo hasta la segunda resurrección (Lc 16:19-26; Ap 20:13-15), cuando el alma y un cuerpo resucitado serán reunidos (Jn 5:28-29). Entonces comparecerán ante el juicio del gran trono blanco (Ap 20:11-15) y serán arrojados al infierno, el lago de fuego (Mt 25:41-46), siendo así apartados de la vida de Dios para siempre (Dn 12:2; Mt 25:41-46; 2Ts 1:7-9).

El arrebatamiento de la iglesia

Creemos y enseñamos el regreso personal y corporal de nuestro Señor Jesucristo antes de la tribulación de los siete años (1Ts 4:16; Tit 2:13), para trasladar a Su iglesia de esta tierra (Jn 14:1-3; 1Co 15:51-53; 1Ts 4:15 – 5:11) y, entre este acontecimiento y Su gloriosa segunda venida con Sus santos, recompensar a los creyentes según sus obras (1Co 3:11-15; 2Co 5:10).

El período de la tribulación

Creemos y enseñamos que, inmediatamente después del arrebatamiento de la iglesia de la tierra (Jn 14:1-3; 1Ts 4:13-18), los juicios justos de Dios serán derramados sobre un mundo incrédulo (Jer 30:7; Dn 9:27; 12:1; 2Ts 2:7-12; Ap 16), y que estos juicios culminarán con la venida de Cristo en gloria a la tierra (Mt 24:27-31; 25:31-46; 2Ts 2:7-12). En ese momento, resucitarán los santos del Antiguo Testamento y de la tribulación, y los que estén vivos serán juzgados (Dn 12:2-3; Ap 20:4-6). Este período incluye la semana setenta de la profecía de Daniel (Dn 9:24-27; Mt 24:15-31; 25:31-46).

La segunda venida y el reino milenial

Creemos y enseñamos que, después del período de la tribulación, Cristo vendrá a la tierra para ocupar el trono de David (Mt 25:31; Lc 1:31-33; Hch 1:10-11; 2:29-30) y establecer Su reino mesiánico por mil años

en la tierra (Ap 20:1-7). Durante ese tiempo, los santos resucitados reinarán con Él sobre Israel y sobre todas las naciones de la tierra (Ez 37:21-28; Dn 7:17-22; Ap 19:11-16). Este reinado será precedido por la derrota del anticristo y del falso profeta, y la expulsión de Satanás del mundo (Dn 7:17-27; Ap 20:1-7).

Creemos y enseñamos que este reino será el cumplimiento de la promesa de Dios a Israel (Is 65:17-25; Ez 37:21-28; Zac 8:1-17), devolviéndoles la tierra que perdieron por su desobediencia (Dt 28:15-68). Por esa desobediencia, Israel fue temporalmente excluido (Mt 21:43; Ro 11:1-26), pero será restaurado por medio del arrepentimiento y entrará nuevamente en la tierra de bendición (Jer 31:31-34; Ez 36:22-32; Ro 11:25-29).

Creemos y enseñamos que el reinado del Señor en ese tiempo se caracterizará por armonía, justicia, paz, rectitud y longevidad (Is 11; 65:17-25; Ez 36:33-38), y concluirá con la liberación temporal de Satanás (Ap 20:7).

El juicio de los perdidos

Creemos y enseñamos que, tras la liberación de Satanás al final del reinado de mil años de Cristo (Ap 20:7), Satanás engañará a las naciones de la tierra y las reunirá para la batalla contra los santos y la ciudad amada y en ese momento Satanás y su ejército serán consumidos por fuego descendido del cielo (Ap 20:9). Despues de su derrota final, Satanás será arrojado al lago de fuego y azufre (Mt 25:41; Ap 20:10). Entonces Cristo, Quien es el Juez de todos los hombres (Jn 5:22), resucitará y juzgará a los muertos no salvos, tanto grandes como pequeños, en el juicio del gran trono blanco.

Creemos y enseñamos que esta resurrección de los muertos no salvos será una resurrección física, y que tras recibir su juicio (Jn 5:28-29), serán condenados a un castigo eterno y consciente en el lago de fuego (Mt 25:41; Ap 20:11-15).

La eternidad

Creemos y enseñamos que, tras la culminación del milenio, la liberación temporal de Satanás y el juicio de los incrédulos (2Ts 1:9; Ap 20:7-15), los salvos entrarán en un estado eterno de gloria con Dios. Los elementos de esta tierra serán destruidos (2P 3:10) y reemplazados por una nueva tierra, donde morará la justicia (Ef 5:5; Ap 20:15; 21:1-27; 22:1-21), y la ciudad celestial descenderá del cielo (Ap 21:2). Esta nueva tierra será la morada eterna de los santos, donde disfrutarán para siempre de una comunión con Dios y entre ellos (Jn 17:3; Ap 21-22). Nuestro Señor Jesucristo, habiendo cumplido Su misión redentora, entregará el reino a Dios Padre (1Co 15:24-28), para que, en todas las esferas, el Dios trino reine por los siglos de los siglos (1Co 15:28).

DISTINTIVOS

Cada iglesia tiene sus distintivos. Pueden estar cuidadosamente pensados y articulados, o simplemente asumidos, pero siempre habrá principios no negociables que guían las decisiones y elecciones que se toman en todo el ministerio de esa iglesia. En *Countryside Bible Church*, existen dos distintivos no negociables que sustentan y moldean todo lo que hacemos:

- 1) Un alto concepto de Dios
- 2) Un alto concepto de las Escrituras

Un alto concepto de Dios

Resumen

Aunque Dios es inmanente, es decir, accesible para nosotros como nuestro Abba Padre, las Escrituras también enseñan que Él es trascendente: exaltado muy por encima de nosotros como nuestro Rey soberano. Por tanto, debe ser tratado con profunda reverencia y respeto, y nunca tomado a la ligera.¹

La trascendencia de Dios se refleja en el atributo que llamamos *Su santidad*. Dios es santo o trascendente en dos formas relacionadas, pero en última instancia distintas: es trascendente en Su pureza moral, y es trascendente en Su majestad. Él está separado o es distinto de todo lo demás en el universo, y es exaltado por encima de todo.²

Nuestra mayor oración³ debe ser siempre que la trascendencia de Dios sea vista y conocida en la adoración de esta iglesia, y que, por tanto, Él sea tanto amado como temido.⁴ Es nuestro profundo anhelo y principal preocupación que, en nuestra adoración, tratemos a Dios como separado, distinto, santo, majestuoso y trascendente. Solo al comprender Su trascendencia podemos ver verdaderamente la hermosura del evangelio de Jesucristo, mediante el cual somos reconciliados y acercados a un Dios tan grande y asombroso.

Implicaciones principales

Un alto concepto de Dios nos impulsa a enfatizar varias implicaciones necesarias.

Dios es soberano en todas las cosas

Contrario a perspectivas teológicas en las que el hombre o incluso Satanás están funcionalmente en control, creemos que Dios es absolutamente soberano sobre *todo* lo que sucede en Su universo. El Salmo 103:19 dice: «El SEÑOR ha establecido Su trono en los cielos, y Su reino domina sobre todo». Dios tiene

¹ Ec 5:1-2; 1Ti 1:17; 3:15; 5:21; 6:13-16; 2Ti 4:1; 1P 1:17

² Ex 15:11; 1S 2:2; Is 8:13; Os 11:9

³ Mt 6:9

⁴ 1Co 14:24-25

libertad y poder supremos e ilimitados para actuar. *Soberano* es lo que Dios es, por virtud de ser Dios, Él reina.⁵ *Providencia* es lo que Él *hace*, lleva a cabo Su gobierno administrando realmente cada detalle de Su creación.⁶

Dios es soberano en la salvación

Un alto concepto de Dios nos impulsa a creer y enseñar que solo Dios actúa para efectuar el rescate espiritual del ser humano.⁷ La salvación se lleva a cabo únicamente por un acto soberano de Dios. En el momento de la salvación, Dios inicia y realiza un milagro de nueva vida espiritual llamado regeneración. Es un acto divino de Dios por medio de Su Espíritu,⁸ mediante el instrumento de Su Palabra.⁹ La Escritura describe la obra soberana de Dios en la regeneración como una resurrección de la muerte espiritual,¹⁰ una nueva creación,¹¹ y un nacimiento espiritual.¹²

Adorar a Dios es el enfoque principal de la adoración corporativa

Aunque Dios desea que obtengamos gran beneficio de la adoración corporativa,¹³ las personas no son el público principal. Cuando la iglesia se reúne para adorar, nuestro enfoque principal debe estar en Él. Por tanto, nuestros servicios de adoración están diseñados para estar centrados en Dios.

Un alto concepto de las Escrituras

Resumen

Así como tenemos un profundo respeto por Dios, también tenemos un profundo respeto por Su Palabra. La Escritura es en parte la razón de la existencia de la iglesia. En 1 Timoteo 3:15, Pablo identifica a la iglesia como «columna y sostén de la verdad». ¡Esa verdad se encuentra en una sola fuente: Su Palabra eterna!¹⁴ Como columna, la iglesia existe para sostener la verdad. Y como fundamento, la iglesia es la base sobre la cual descansa la verdad. La iglesia sostiene la verdad enseñándola y la apoya defendiéndola y transmitiéndola a la siguiente generación. En nuestro deseo de ser una iglesia genuinamente bíblica, mantenemos un alto concepto de las Escrituras. Dios ha exaltado por encima de todas las cosas Su Nombre y Su Palabra.¹⁵

⁵ Sal 103:19

⁶ Sal 115:3; Is 46:10-11; Dn 4:35; Ro 8:28

⁷ 1Ti 1:12-16; 2Ti 1:9; 3:10; Tit 3:3-7

⁸ Jn 1:13

⁹ Stg 1:18-19; 1P 1:23

¹⁰ Ef 2:1-6; Col 2:13; cp. Ro 4:17

¹¹ 2Co 5:17; Ef 2:10, 4:24

¹² Jn 3:1ss

¹³ 1Co 14:26; Heb 10:23-25

¹⁴ 2S 7:28; Sal 12:6; 119:151; Jn 17:17

¹⁵ Sal 138:2

Poseer un alto concepto de las Escrituras significa que creemos y enseñamos varios atributos cruciales de las mismas.

Inspiración

En 2 Timoteo 3:16, Pablo afirma que «toda Escritura es inspirada por Dios», es decir, de origen divino. Las Escrituras, en su totalidad, cada una de sus palabras, son producto del aliento de Dios.¹⁶

Relevancia

En 2 Timoteo 3:16, Pablo insiste en que toda Escritura es provechosa, útil y beneficiosa. Nosotros no hacemos que la Biblia sea relevante, ¡ella es relevante por sí misma! Si Dios ha inspirado Sus palabras para nosotros, ¿qué puede ser más relevante?¹⁷

Suficiencia

En 2 Timoteo 3:15, Pablo describe las Escrituras como «las cuales te pueden dar la sabiduría que lleva a la salvación».¹⁸ En el versículo 17, añade que las Escrituras son suficientes para hacernos aptos, lo que significa «perfecto, equipado para toda buena obra». Las Escrituras nos *equipan completamente para toda buena obra*, nos proveen, plenamente, para el servicio espiritual. Son un recurso suficiente que el Espíritu utiliza tanto para nuestra salvación como para nuestra santificación.¹⁹

Autoridad

En 2 Timoteo 4:1-2, Pablo exige que los pastores y ancianos «*prediquen* la Palabra». Usa el término principal del Nuevo Testamento para predicar, que significa «proclamar como lo hace el heraldo de un rey». Este término conlleva una idea de formalidad, dignidad y solemnidad. Y conlleva de manera explícita el hablar con autoridad. La predicación bíblica no es una conversación, sino una proclamación de parte de Dios mismo que debe ser escuchada y obedecida.²⁰

Implicaciones principales

La Escritura ocupa el centro de los servicios de nuestra iglesia

En 1 Timoteo 4:13-16, Pablo instruye a Timoteo y a todos los líderes de la iglesia que su tarea principal cuando la iglesia se reúne es: **1) leer las Escrituras, 2) explicar las Escrituras, 3) aplicar las Escrituras.** Todos los demás elementos de la adoración corporativa se originan en nosotros y se dirigen a Dios. Pero cuando leemos y escuchamos la enseñanza de la Palabra de Dios, estamos presenciando una obra divina. Dios nos habla por medio de Su Palabra. Por eso los reformadores enseñaban que «el propósito principal y

¹⁶ Sal 12:6; 119:89; Pro 30:5; Mt 4:4; Jn 17:17; 2P 1:21

¹⁷ Ro 15:4; 1Co 10:11; 2Ti 4:1-5

¹⁸ Cp. Stg 1:18; 1P 1:23

¹⁹ Jn 15:3; 17:17; Hch 20:32.

²⁰ Tit 2:15

supremo de todo servicio de iglesia es predicar y enseñar la Palabra de Dios»,²¹ y por eso el enfoque central en nuestra adoración congregacional es la predicación de la Biblia.²²

Solo las Escrituras dirigen e informan los elementos de nuestra adoración

La única adoración aceptable para Dios, es aquella que las Escrituras realmente prescriben. Este principio, llamado a veces el *Principio regulador*, se deriva de *Sola Scriptura*, es decir, del hecho de que la Biblia es la autoridad inspirada única y definitiva en materia de fe y práctica. El segundo, de los Diez Mandamientos, advierte explícitamente cómo las formas de adoración no prescritas pueden convertirse en idolatría. El principio regulador plantea la pregunta: «¿Dónde ordenan o aprueban las Escrituras esta práctica?». Si la Escritura no lo hace, entonces esa práctica no está permitida en la adoración corporativa.

Por tanto, nuestra adoración incluye únicamente estos elementos bíblicamente requeridos: **1)** Cantamos la Escritura, elegimos música basada en la verdad de la Palabra de Dios.²³ **2)** Oramos la Escritura, nuestras oraciones nacen como respuesta a la Escritura.²⁴ **3)** Leemos la Escritura.²⁵ **4)** Enseñamos la Escritura.²⁶ **5)** Ofrecemos nuestras ofrendas voluntarias, para que la adoración bíblica verdadera sea sostenida y extendida.²⁷ Vemos reflejada la Escritura en la señal o ceremonia del **6)** bautismo²⁸ y **7)** La cena del Señor.²⁹ El hecho de que estos sean mandatos divinos añade solemnidad a lo que hacemos los domingos, pero también gran gozo, porque al hacer estas cosas con un corazón correcto, podemos tener la certeza de que honramos a nuestro Dios.

La predicación expositiva consecutiva es nuestro enfoque constante para enseñar la Escritura

En la adoración corporativa del Antiguo Testamento, había un patrón consistente de la lectura consecutiva de la ley y los profetas, seguida por una exposición de su significado.³⁰ Cuando se examina el ministerio de Jesús, vemos que una parte central de Su labor era participar en la adoración corporativa en los servicios semanales de la sinagoga,³¹ centrados en la lectura y exposición consecutivas de la Palabra de Dios. La asignación principal de Timoteo cuando la iglesia se reunía públicamente era: **1)** leer la Escritura, **2)** enseñarla/exponerla, **3)** aplicarla. Esto no solo aplica al Antiguo Testamento, sino también a las cartas de Pablo.³² Por lo general, siguiendo el patrón del Antiguo Testamento y de la sinagoga, la lectura iba seguida de una exposición. La Palabra siempre ha sido el elemento central y clave de la adoración, y el

²¹ Martin Lutero

²² 2Ti 4:1-2

²³ 1Co 14:15; Ef 5:19; Col 3:16

²⁴ 1Ti 2:1-8

²⁵ 1Ti 4:13

²⁶ 1Ti 4:13; 6:13-16; 2Ti 4:1-5; Tit 2:15

²⁷ 1Co 16:1-4; 2Co 8 – 9; Fil 4:10-14

²⁸ Mt 28:19-20; Hch 2:38, 42; 16:31-33; 18:8

²⁹ 1Co 11:23-32

³⁰ Dt 1:1, 5; Neh 8:1-8

³¹ Mt 4:23; Lc 4:14-16, 20, 31, 44; 6:6; 13:10; Jn 18:20

³² 1Ts 5:27, cp. Col 4:16

ministerio de la Palabra ha sido, por lo general, la lectura sistemática, consecutiva y la explicación de la Palabra de Dios.

Interpretamos la Escritura usando una hermenéutica literal, grammatical e histórica

Todo texto bíblico tiene un solo significado inmutable, determinado únicamente por la intención del autor humano y, en última instancia, por el Espíritu Santo. Ese significado se expresa en letras, palabras y gramática. Sin embargo, el significado de las Escrituras puede ser, en ocasiones, difícil de entender y, por tanto, susceptible de ser malinterpretado,³³ por lo que, requiere una exégesis cuidadosa.³⁴ Buscamos determinar el significado de cada pasaje de la Escritura interpretándolo literalmente, lo cual simplemente significa que seguimos las reglas normales para interpretar cualquier tipo de literatura. Examinamos el lenguaje, la gramática, las palabras, la cultura, la geografía y la historia en un proceso que se conoce como el método grammatical-histórico. La Biblia contiene figuras retóricas, alegorías, símbolos e imágenes, al igual que otros tipos de literatura. Pero, como en el caso de otros escritos, interpretamos la Biblia en su sentido más simple y literal, a menos que haya evidencia contextual y del autor que indique lo contrario.

Aplicaciones contemporáneas

Un alto concepto de las Escrituras nos impulsa a creer y enseñar las declaraciones claras de la Biblia sobre asuntos contemporáneos controvertidos, incluso cuando una lectura literal de la Escritura contradice las opiniones predominantes, sean estas seculares o cristianas. Lo siguiente no es un catálogo completo de tales temas, sino una muestra representativa de cómo un alto concepto de las Escrituras debe informar nuestra manera de pensar.

La suficiencia de las Escrituras

Creemos que Dios nos ha provisto, en las Escrituras, todo lo necesario para nutrir y sostener la vida espiritual.³⁵ Eso significa que estamos comprometidos a enseñar y aconsejar directa y exclusivamente a partir de la Palabra de Dios.³⁶ No creemos que la psicología secular tenga un papel legítimo en la santificación del creyente.

La creación

Creemos que el libro de Génesis presenta de manera clara y literal los eventos históricos que describe. Enseñamos, por tanto, que Dios creó todo en seis días literales.³⁷ Rechazamos toda forma de evolución teísta.³⁸

El rol de la mujer

³³ 2P 3:15-16

³⁴ 2Ti 2:15

³⁵ Sal 19:7-11; 2Ti 3:16-17; 2P 1:3

³⁶ Sal 19:7; 119:9, 11; Jn 15:3; 17:17; 1Ts 2:13; 5:14; 2Ti 4:2; Stg 1:21

³⁷ Gn 1:5, 8, 13, 19, 23, 31; Ex 31:17

³⁸ Is 44:24; 45:18; Jn 1:3; Ro 11:36; 1Co 8:6; Col 1:16

Creemos que tanto hombres como mujeres llevan la imagen de Dios y que los creyentes en Cristo disfrutan de igual posición espiritual delante de Dios.³⁹ Sin embargo, la Escritura enseña que Dios ha establecido roles y responsabilidades distintos para hombres y mujeres. En el ámbito del hogar, el esposo debe ejercer un liderazgo amoroso y bondadoso y la esposa debe someterse al liderazgo de su esposo.⁴⁰ Dios también ha provisto roles igualmente claros en la iglesia. Si bien hay muchas maneras cómo las mujeres pueden y deben servir, creemos que las Escrituras prohíben que las mujeres enseñen o lideren a hombres, o ejerzan autoridad sobre ellos en el contexto de la iglesia.⁴¹

El don de hablar en lenguas

Creemos que el don de hablar en lenguas fue un don milagroso dado por Dios, que permitía comunicar la verdad de Su Palabra en idiomas humanos que el hablante nunca había aprendido ni estudiado.⁴² Fue una manifestación del poder y la bendición divinos para validar el mensaje del evangelio predicado por los apóstoles y para establecer la Iglesia primitiva.⁴³ Creemos que los arrebatos extáticos o los lenguajes de oración privada no comparten nada en común con el don neotestamentario de las lenguas y que son claramente contrarios a las enseñanzas de la Biblia.⁴⁴

Una vida transformada

Creemos que todos los que Dios ha salvado genuinamente por gracia mediante solo la fe, son nuevas criaturas en Cristo⁴⁵ y demostrarán esa nueva vida mediante la sumisión a Cristo y la obediencia a la Palabra de Dios.⁴⁶ Todos los cristianos todavía pecan,⁴⁷ a veces de manera muy grave y durante períodos prolongados sin arrepentimiento.⁴⁸ Sin embargo, un patrón de pecado decreciente y un crecimiento en santidad caracterizarán la vida de cada creyente.⁴⁹

La sexualidad humana

Creemos que Dios creó a la humanidad a Su imagen.⁵⁰ En dos actos distintos, formó solo dos géneros diferentes: masculino y femenino.⁵¹ El género de Adán y Eva fue establecido por Dios y definido por su sexo fisiológico en la creación.⁵² Posteriormente, Dios determina el género de todos los demás seres

³⁹ Gn 1:27; 5:1-2; Ga 3:28

⁴⁰ Ef 5:22-33; Col 3:18-19; Tit 2:5; 1P 3:1-7

⁴¹ 1Co 14:34-35; 1Ti 2:9-12; 3:1-2, 5

⁴² Hch 2:4-12; 8:15-17; 10:44-46; 19:1-7

⁴³ Hch 14:3; 1Co 14:22; 2Co 12:12; Heb 2:3-4.

⁴⁴ Hch 2:4-12; 1Co 14:5, 13, 27

⁴⁵ Jn 3:3; Ro 6:4; 2Co 5:17

⁴⁶ Mt 7:21; Lc 6:46-49; Ro 10:9-10

⁴⁷ Stg 3:2; 1Jn 1:8-10

⁴⁸ 2S 11:26 - 12:15

⁴⁹ Jn 15:1-11; Ga 5:19-25; Ef 2:10; Fil 1:6; 2:12-13; 1Jn 1:6-7; 3:4-10

⁵⁰ Gn 1:27; 5:1; 9:6; Stg 3:9

⁵¹ Gn 1:27; 5:1-2; Mt 19:4; Mr 10:6

⁵² Gn 1:27; 2:7, 22

humanos por su sexo fisiológico al nacer.⁵³ Por tanto, cualquier intento de redefinir la sexualidad humana más allá de la distinción fisiológica hombre-mujer (ya sea desde lo biológico o lo cultural) y cualquier intento de cambiar el género de nacimiento constituyen una rebeldía pecaminosa contra nuestro Creador. Como Creador, Dios estipula en Su Palabra que los únicos deseos y actos sexuales legítimos y aceptables son aquellos entre un hombre y una mujer dentro del contexto del matrimonio.⁵⁴

El matrimonio

Creemos que el matrimonio es un regalo de la gracia común de Dios para toda la humanidad, como un fundamento básico de la sociedad.⁵⁵ Como arquitecto del matrimonio, solo Dios conserva el derecho de definir sus constructos y directrices, y Él lo ha hecho en Su Palabra.⁵⁶ Conforme a las Escrituras, enseñamos que el diseño de Dios para el matrimonio es un pacto público, formal y oficial entre un hombre y una mujer.⁵⁷ Dios diseñó el pacto matrimonial para ser un vínculo de por vida, permitiéndose el divorcio solo en el caso de pecado sexual no arrepentido⁵⁸ o de abandono por parte de un incrédulo.⁵⁹ Aunque los pecados sexuales de pensamiento no justifican el divorcio, toda inmoralidad sexual, tanto en pensamiento como en conducta, debe ser tomada en serio como una transgresión contra Dios.⁶⁰ Dios pretende que la unión entre dos creyentes sea una ilustración amorosa de la relación entre Cristo y Su iglesia, cuando se lleva a cabo en obediencia a la Biblia y por medio del poder capacitador del Espíritu Santo.⁶¹

⁵³ Gn 18:10; Lv 12:2, 5, 7

⁵⁴ Gn 2:24; Lv 18:22; 20:13; Mt 5:28; 19:4-6; Ro 1:26-27; 1Co 6:9-11; 7:1-5; Ga 5:19-21; 1Ts 4:3-8; 1Ti 1:10; Heb 13:4

⁵⁵ Gn 1:28; 2:18, 24; Sal 127:3; Pro 18:22; 31:10-11; Heb 13:4

⁵⁶ Gn 2:18-24

⁵⁷ Gn 2:24; Pro 2:17; Ez 16:8-14; Mal 2:14

⁵⁸ En consonancia con el espíritu de las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, exhortamos a la reconciliación en la mayoría de los casos cuando un cónyuge infiel demuestra un arrepentimiento bíblico sincero (Cp. Os 1-3; 11; Ef 4:32; Col 3:13).

⁵⁹ Mal 2:16; Mt 5:32; 19:9; Mr 10:11-12; 1Co 7:12-16, 24

⁶⁰ Job 31:1; Mt 5:28; 15:19; Stg 1:14-15

⁶¹ Ef 5:18-33; 2Co 6:14; 1P 3:7